

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 245

Valencia, 4 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

Aviones facciosos sobre Valencia

...y los proletarios de "todos los países" no se precipitan para hacer honor a su fraternal y universal consigna

Valencia sufrió ayer un nuevo ataque de la aviación extranjera. A las diez de la mañana, los aparatos registradores de las Defensas contra aeronaves, advirtieron la presencia de varios aviones. Inmediatamente, las sirenas dieron la señal de alarma y el vecindario se trasladó a los refugios. Se trataba, efectivamente, de dos escuadrillas de cinco trimotores, protegidos por varios «cazas». Las defensas antiaéreas comenzaron a hacer fuego contra los aparatos facciosos, que al cruzar sobre la zona obrera y populosa del Grao, lanzaron bombas de gran calibre, causando el derrumbamiento de gran número de casas, de las cuales quedaron totalmente derruidas setenta y dos.

Pasados los primeros momentos de confusión, acudieron a los sitios más afectados por el terrible bombardeo, autoridades, fuerzas de Asalto, Caballeros, equipos de la Cruz Roja y ambulancias sanitarias y brigadas de obreros municipales, para proceder al desescombro inmediato de muchas fincas, que habían sido derrumbadas por la metralla y entre cuyos restos se temía que hubiera vecinos, en su mayoría niños y mujeres.

En las distintas casas de Socorro, fueron curados ciento setenta y tres personas, de ellas, sesenta y ocho graves y el resto de pronóstico reservado y de carácter leve. En uno de los benéficos establecimientos fallecieron, cuando eran asistidos, cuatro mujeres, un hombre y un niño.

A las cuatro de la tarde, en el Depósito judicial, habían ingresado, conducidos desde las Casas de Socorro, y desde las casas hundidas por la metralla, veintiocho cadáveres. Sin embargo, se cree que entre los escombros de las casas destruidas debe de haber unas veinte personas más, cuya desaparición ha sido denunciada en la Dirección general de Seguridad por familiares y que no se encuentran entre los ciento setenta y tres heridos acogidos en los distintos hospitales de la ciudad.

A las once y seis minutos, cesó el estado de alarma. Brigadas integradas por más de mil hombres trabajan en el desescombro de las fincas donde se teme que haya más víctimas sepultadas.

Una vez más, la incursión aérea de los facciosos ha elegido sus víctimas entre el vecindario humilde y laborioso, que ha visto destruir sus hogares por un enemigo extranjero que no busca objetivo militar alguno, sino que ametralla con cobarda preferencia a la población civil.

Ya no les queda a los hombres inermes y de buena voluntad, que son víctimas de la barbarie y del crimen «standarizados», internacionalizados y sin cráneos, ni el postrimer y humilísimo recurso de acudir en sus tribulaciones ante ese tribunal universal, plural y abstracto que se designa con el irrisorio mote de «Conciencia del Mundo». Hoy por hoy, ya no resulta sólo ingenuidad desdenable o candor abusivo, sino mentecatez insignificante o estupidez supina, el apelar con un solemne y altisonante llamamiento a la «Conciencia del Mundo». El Mundo —a la vista está—, no tiene conciencia. Tiene intereses, codicias, conveniencias, apetencias e instintos. Particularmente, instintos viles, medrosos, egoístas, que pretenden aca-

parar, para su fruición y regodeo, el usufructo exclusivo de la paz. Así, el Mundo, lo que se llama Mundo, pone la «conveniencia» de la paz por encima de la «necesidad» de la Justicia. Lo que equivale a encenagar en oprobio, escarnio e inverecundia, la dignidad humana.

Apelar, pues, a la «Conciencia del Mundo», monta tanto como recurrir a la Sociedad de Naciones. La «Conciencia del Mundo», ni más ni menos que la Sociedad de Naciones, transige con todo.

Diríase que esa desdichada conciencia, de suyo inconsciente, se dispone a jugar a la «democracia europea». Y ya van sabiendo los españoles, a costa de su sangre, qué es lo que ahora quiere decir democracia europea. Actualmente, casi todas ellas son rótulos sin «demos», sin pueblo. Y la conciencia del Mundo, un Mundo sin conciencia.

Pero los españoles —los españoles leales, esto es, todos los españoles— que exaltan su espíritu, el espíritu de su «demos», son hidalgos. Y como hidalgos arrojan, con la altivez que les cumple y con la dignidad que les caracteriza, su más olímpico desdén sobre esas aristocracias de villanos internacionales que asesinan con saña impune a las mujeres y a los niños de la España leal.

Por desdicha, las ya repetidísimas democracias europeas, que se han hecho tan impasibles y tan amigas del protocolo y de los protocolos como Mr. Eden, repudian la sevicia de los «totalitarios» con un gesto de reproche tan significativo como conmovedor, a la vez que maniatan a los leales españoles para que no puedan defenderse.

Bien. Perfectamente bien. El pueblo español —la única España—, está a solas con su infortunio y con su nobleza. ¿Solidaridad internacional? A excepción de Rusia y de México, nadie responde. Y los proletarios de «todos los países» no se precipitan para hacer honor a su fraternal y universal consigna. «Trabajadores de todos los países, uníos.» ¿Para cuándo esa unión? ¿Para cuando los trabajadores españoles, ya triturados por la metralla de los autócratas fascistas, no puedan unirse, sino como despojos de hombre, a la fraternidad de los pueblos?

El martirio de España —el heroico martirio de España— no encontró aún eco instantáneo y eficiente en las conciencias liberales del mundo ni en el corazón de todos los trabajadores del mundo. Pues bien: España se cierra, como un solo puño en alto, frente a todos los brazos extendidos —ostensible o vergonzantemente extendido—, que saludan, con la cobardía de su inhibición cómplice, las baladronadas y las salvajadas de esos dos putrefactos lacayuelos de la muerte, cuyos nombres nos ensucian la boca al escupirlos: Hitler y Mussolini.

APELAR

a la «Conciencia del

Mundo» monta tanto como recurrir a la Sociedad de Naciones. La «Conciencia del Mundo», ni más ni menos que la S. de N., transige con todo

Un decreto faccioso que tiende a destruir los mejores libros de la cultura universal

En cuanto el Consejo Central de Archivos y Bibliotecas y Tesoro Artístico se ha dado cuenta del Decreto que ha promulgado la Junta facciosa de Burgos, sobre depuración de bibliotecas públicas por una Comisión en la que figuran un representante de la autoridad eclesiástica, otro de la militar, otro de Falange Española, otro de los Padres de Familia, etc., etc., se ha reunido, seriamente alarmada, para tomar acuerdos ante el riesgo de destrucción de nuestra riqueza bibliográfica, según se infiere de uno de los artículos en que lo ordena en todo lo respectivo a las ideologías contrarias del fascismo. Ha acordado dirigirse, ante caso tan grave, con la mayor premura, al Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, a las Sociedades bibliográficas y a las más importantes bibliotecas del extranjero, para ver de evitar el peligro.

El Gobierno español no necesita auxiliares extranjeros; pero poca gente piensa lo mismo de Franco

Del artículo de fondo del «Daily Express», traducimos lo siguiente:

«Mundo revuelto: Más bombas sobre Cantón y Hankow y promesas de mucho más. La Gran Bretaña renueva su protesta a Tokio; el «Leader» de China dice que seguirá luchando, y el Japón se dispone a emprender una gran ofensiva.

Mejores noticias. Hitler y Mussolini se conducen con prudencia. El eje Berlín-Roma es más decorativo que mortífero.

Hitler no quiere comprometerse más con España, y Mussolini desearía no haber ido tan lejos. Ambos amigos preferirían la amistad de otro: la Gran Bretaña. No hay razón para negársela a ninguno de los dos.»

Lo que quiere Mussolini

Mussolini tiene un ejército apostado en cada lado del Mediterráneo: una guarnición en Abisinia y una fuerza expedicionaria en España.

Esa doble tensión le resulta ya pesada. Mussolini quisiera disminuirla por lo menos en uno de los lados.

Tiene decidido empeño en conservar Abisinia a toda costa, y su deseo es que se reconozca esa conquista. En cambio, en España no hay conquistas italianas que reconocer. Y puesto que nadie se propone ya quitar Abisinia a Mussolini, lo sensato sería admitir su dominio allí.

Las cuerdas tensas de Europa se aflojarán cuando todas las tropas extranjeras salgan de España.

El «London Observer», que no puede ser acusado de tener sentimientos anti-italianos, dice que Mussolini accedería a retirar sus tropas, hombre por hombre, con los soldados de la Columna Internacional del Gobierno.

El «Observer» descubre que hay ochenta mil italianos en España y muchísimos menos voluntarios «rojos», noticia que hasta ahora había sido desmentida.

No creáis que las naciones estén aún fuera del laberinto español.

El Gobierno hispano podría pasarse ahora sin sus auxiliares extranjeros, pero poca gente piensa lo mismo de Franco.

(«Daily Express», 27-9-1937.)

En tercera página:

¿La guerra inevitable? ¡No!

¿Prepara Hitler la guerra microbiana?

Existen medios científicos para cortarla, y, por otra parte, se podría hacer pasar la epidemia al propio agresor

«Le Peuple», de París, publica en su número correspondiente al día 28 de septiembre, una información recogida de las «Noticias de Alemania», en la que dice que actualmente el mundo se halla en presencia del hecho de que el órgano oficial del Estado Mayor alemán, «Deutsche Wehr», en su número más reciente del 26 de agosto de este año, publica un importante artículo referente a los resultados obtenidos hasta el presente en los experimentos realizados con miras a una guerra microbiana. Comienza el artículo diciendo que se trata de la reproducción del «estudio de un médico militar italiano», publicado en Italia hace ya algún tiempo. Pero, en realidad, se trata de una exposición de experimentos alemanes.

Los laboratorios químicos y microbiológicos del Ministerio de la Guerra del Reich, están dirigidos por el general de división Von Tempelhoff y por el general Becker, cuya profesión civil es la de profesor de la Escuela Politécnica de Berlín, participe en su calidad de presidente de los laboratorios del Reich, en esos experimentos.

Omitiendo todo comentario, las «Noticias de Alemania» reproduce los párrafos esenciales del artículo de la «Deutsche Wehr», en los cuales, luego de citar el estudio de los gérmenes que constituyen los venenos más violentos, los medios de difundirlos y del conjunto de condiciones indispensables para propagar las enfermedades contagiosas, detalla los procedimientos que pueden emplearse en una guerra de esta índole: ataque microbiano por aviones, formación de nubes cargadas de microbios, etcétera, etc.

«Le Peuple» pone al final, el siguiente comentario: «No se asuste por esto el público. Los alemanes, que fueron los primeros que emplearon los gases asfixiantes contra seres humanos, son capaces, en efecto, de desencadenar una epidemia; pero existen medios científicos para cortarla, y, por otra parte, se podría hacer pasar la epidemia al propio agresor.»

Lo que dicen los diputados laboristas ingleses llegados a Valencia para acudir a las sesiones del Parlamento español

Para asistir a las sesiones de Cortes, llegaron hoy mañana, en avión, los diputados laboristas ingleses William Dobbie y Ernest Thurtell.

Hablando con los periodistas han hecho las siguientes declaraciones: «Es para nosotros un privilegio, del que nos enorgullecemos, el encontrarnos en Valencia en este momento histórico. Venimos aquí como representantes del movimiento laborista de la Gran Bretaña, y como miembros de la Cámara de los Comunes, la Asamblea representativa más antigua del mundo, a pagar un tributo de respeto y admiración a los representantes elegidos del pueblo español, que está luchando con tan gran valor y devoción para mantener la democracia de España contra la tiranía y la dictadura.

Venimos, en realidad, como representantes del Partido Laborista, pero creemos poder decir, con verdad, que al expresar nuestra simpatía y apoyo a la República democrática española en contra de las fuerzas opuestas a ella, expresamos los sentimientos de la gran masa del pueblo inglés. Sentimos que no haya aquí ministros británicos en representación del Gobierno inglés. Ese Gobierno cree en la democracia, está basado en la democracia; cree en la necesidad de la democracia; y, por esa razón, debería hacer algo adecuado y justo para ayudar a la democracia que lucha en España.

La guerra, como todos sabemos por experiencias sufridas, es una horrible calamidad. Pero vosotros esperáis, y tenéis derecho a esperar, que la Gran Bretaña, que aún no ha intervenido en vuestra guerra, os conceda, al menos, la plenitud de derechos, que garantiza el Derecho Internacional. Por muy meritorios que hayan sido los motivos que inspiraron el acuerdo llamado de No Intervención, este acuerdo ha demostrado ser una farsa trágica y partidista, que ha dado grandes ventajas a las fuerzas que se oponen al Gobierno legítimo de España. Esto no es justo; es una injusticia, y los

Gobiernos de la Gran Bretaña y Francia deberían reconocer este acuerdo y actuar en consecuencia.

Tengan en cuenta y no lo olviden la Gran Bretaña y Francia, que si la democracia es vencida en España, se debilitará seriamente en el resto de Europa. Es verdad que España republicana, al defender en la Península Ibérica la libertad, está defendiendo la libertad en todas partes. Que los demócratas de todo el mundo no pierdan de vista este hecho.

Saludamos a los valientes hombres y mujeres de España que luchan tan heroicamente para salvar su país de la opresión. Saludamos la memoria de los bravos que murieron por la causa, hombres y mujeres que, cambiando las palabras del americano Abraham Lincoln, han muerto para que no pueda perecer la libertad en el suelo de España.

¡Viva la libertad! ¡Viva España democrática! ¡Viva la República española!»

La brigada de los «flechas azules» ha ido a reunirse con la de los «flechas negras» en el frente de Zaragoza

MILAN, 27.—El corresponsal especial del «Corriere della Sera» en Zaragoza, describe la llegada, al frente de Aragón, el pasado viernes, de la brigada italiana «Flechas azules».

Como se recordará, esta brigada participó ya en diversas ofensivas rebeldes en los frentes de Andalucía, Extremadura y Centro. Los «Flechas azules» formarán ahora parte de la división que opera en el sector de Zaragoza, apoyada por la artillería y la aviación legionarias italianas.

Checoslovaquia dispone de un ejército considerable

Hace algunos días, al final de las grandes maniobras que se desarrollaban en Moravia, M. Edouard Benes, Presidente de la República checoslovaca, declaraba:

«Desde 1933, Europa atraviesa la crisis internacional más grave después de la Gran Guerra. El peligro más serio de esta tensión internacional es la carrera de armamentos de todos los países europeos. Pero yo creo que es precisamente esta carrera de armamentos la que traerá una detención. Puede ser que esto sea una paradoja, pero hay que prever que las cosas terminarán así.

«No creo en la inminencia de un conflicto armado en Europa, ya que el desarrollo de los sucesos hará admitir una coexistencia de todos los regímenes políticos, democracia, fascismo, nacionalsocialismo y comunismo, sobre nuestro Continente.

«En lo que concierne a Checoslovaquia, hará todo lo que sea necesario para reforzar su ejército y estar preparada a cualquier eventualidad.»

Lo que M. Benes no tenía necesidad de decir ante un auditorio bien situado para conocerlo, es que, ya ahora, el ejército checoslovaco se ha beneficiado de un presupuesto considerable: de 1.900 millones de coronas, en 1935, el presupuesto normal de gastos militares ha pasado a 2.373 millones de coronas en 1936, y a 2.647 millones de coronas en 1937; además, está previsto que, fuera de presupuesto, Checoslovaquia gastará al menos siete mil millones de coronas entre 1936 y 1939.

Es decir, que, desde ahora, nuestros aliados de la Europa central, disponen de un ejército que ningún adversario podrá tomar como despreciable, so pena de prepararse a grandes decepciones.

Con una población relativamente mínima, alrededor de 15 millones de habitantes, Checoslovaquia puede contar con un ejército de 175.000 hombres en tiempos de paz, y que, en caso de guerra, podría elevarse a 2.500.000 combatientes, de los cuales 1.000.000 estarían perfectamente instruidos y armados.

Esta cuestión de los armamentos constituye, digámoslo desde el principio, uno de los más importantes factores de la potencia checoslovaca. Ya que no hay que olvidar que los principales y mejores abastecedores de armas de los Imperios centrales durante la Gran Guerra, fueron con las fábricas Krupp, las famosas fundiciones Skoda, de donde salieron los terribles 105 y 210 mm. y que ningún antiguo combatiente pondrá en duda el valor de tiro.

Ahora bien; ahora, Skoda y las fábricas de Brno, Bratislava, Ostrava, están en territorio checoslovaco.

Además, si se venía a discutir sobre esta superioridad técnica, los checoslovacos podrían recordarnos una reciente historia, la que les ha opuesto a los portugueses. El hecho de que el Gobierno de Lisboa, siguiendo en esto al de Londres, pide su material de infantería a las manufacturas checoslovacas, prueba indiscutiblemente el renombre mundial que goza su producción.

Sea como sea, Skoda equipa la artillería checoslovaca en 77 milímetros de campaña, en morteros de 100 y 150 mm. y en

cañones pesados de 210 a 315 milímetros.

Los 175.000 hombres que componen el ejército de Praga en tiempo de paz, están repartidos en doce divisiones, a las que acaban de añadirse dos brigadas de infantería de montaña.

Como en nuestro país, las divisiones están compuestas de dos brigadas de infantería, que llevan dos regimientos y tres batallones. Cada brigada está apoyada por un regimiento de artillería de campaña y un grupo de artillería de montaña.

Cada regimiento de tres batallones, comprende doce compañías, de las cuales cuatro son de ametralladoras, un batallón de reserva, una compañía técnica, y una compañía fuera de línea.

En resumen, el ejército checoslovaco comprende cuarenta y ocho regimientos de línea, cuatro regimientos de infantería de montaña, veinticuatro regimientos de infantería de campaña, ocho regimientos de artillería de montaña y dieciséis batallones de ingenieros. Además, se ha hecho un gran esfuerzo que tiende a la motorización que hasta aquí no estaba muy adelantada, puesto que nuestros amigos no disponen aún más que de un solo regimiento de carros de asalto.

Poderosamente armado, si se exceptúa lo referente a los carros de asalto, el ejército checoslovaco está igualmente, notablemente preparado para las operaciones de la guerra moderna. Tal es la lección que se ha podido sacar de las últimas maniobras que acaban de desarrollarse. La infantería, para obedecer a los más recientes principios tácticos, opera por pequeñas unidades de cazadores apoyados por armas portátiles.

Estas unidades, extremadamente móviles y propias para utilizar lo mejor posible el terreno —a la inversa de los cuadros rígidos que preconizaban los profesores del arte militar antiguamente— marchan al combate según direcciones transmitidas desde los P. C. (Puestos de Mando) por radio.

No sabemos, en realidad, si la guerra futura será conforme a lo que los planos del Estado Mayor admiten. Pero si fuera tal como la conciben los augures, el ejército checoslovaco tendría un valor técnico real, a causa de la eficacia de su infantería, de la fuerza de su artillería.

Notamos, de paso, que nuestros amigos de Europa central, no solamente han adoptado el sistema francés, en lo que se refiere a la composición de divisiones de regimientos, de batallones, y de compañías, sino también con respecto al reclutamiento.

El servicio es obligatorio en Checoslovaquia para todos los ciudadanos de veinte a sesenta años.

Después de un servicio activo de dieciocho meses, el soldado pasa a la reserva durante veinte años, en el curso de los cuales está sujeto a catorce semanas de servicio periódico. Después, hasta los cincuenta años pertenecen a una segunda reserva que podrá ser llamada a filas en tiempo de guerra. Después de los cincuenta años, el ciudadano puede aún ser movilizado para cooperar en los servicios civiles de la retaguardia.

Esta organización, que no de-

ja lugar a ninguna incertidumbre, a ninguna improvisación, será igualmente uno de los factores de la potencia del país.

Queda un elemento de importancia decisiva —al menos nosotros lo creemos así— en una guerra futura. Por esto lo hemos dejado para el final.

El Estado Mayor checoslovaco dispone, desde ahora, de un ejército aéreo que no guarda ninguna relación con la población civil del país: alrededor de mil aparatos. Esta cifra será de un modo inverosímil sobrepasada antes de fin de año. Hagamos notar que, para respetar las proporciones, Francia debería poseer, por lo menos, tres mil aparatos, Alemania 5.000. No olvidemos de Rusia, que debería poseer por lo menos 10.000 aparatos.

La aviación checoslovaca no es solamente rica cuantitativamente, sino también cualitativamente. Posee ciertos aparatos, como los que hemos visto en nuestra última visita al salón de aeronáutica, que son capaces de volar a cerca de 380 a la hora con una intensidad de fuego, la que ningún bombardeo de la que conocemos podría resistir: dos ametralladoras al final de ala, dos ametralladoras en el centro flanqueando un cañón tubo de ese famoso tipo 20 sistema Oerlikon. Estos múltiples de combate llevan además un millar de kilos de bombas. Y en este camino, Checoslovaquia continúa incansablemente sus esfuerzos y experiencias. Sus construcciones aeronáuticas comienzan a tomar en el mundo un lugar casi igual al de las manufacturas de armas. Si se añade que por el valor de su infraestructura, Checoslovaquia es uno de los países más «aeronáuticos», se puede comprender cómo y por qué la U. R. S. S. ve en ella su mejor aliado y su más firme sostén.

En cuanto a nosotros, cometamos una torpeza en no estar en lo justo este valor y no aportar a este país, que el uno de nuestros más fieles aliados, el apoyo de nuestra amistad, y, en caso de necesidad, de nuestra fuerza.

LUCIEN LORIN

(«La Tribune des Nations», 27 de septiembre de 1937.)

Mil quinientos refugiados españoles regresan a España

Sólo unos cincuenta se dirigen a la zona facciosa

BURDEOS.—Anteayer por la noche mil quinientos refugiados españoles fueron dirigidos hacia las fronteras hispanofrancesas por ellos elegidas para su repatriación, de conformidad con las recientes instrucciones ministeriales.

De todos ellos, escasamente una cincuentena pidió ser enviada por la frontera rebelde de Irún.

Los demás, es decir, unos mil cuatrocientos cincuenta fueron dirigidos hacia Puigcerdá sin el menor incidente.—Fabra.

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

La guerra inevitable? ¡No!

Por Albert Bayet

Emil Ludwig opina que entre Alemania y Francia es inevitable la guerra; sólo los Estados Unidos podrían impedirla; pero no quieren mezclarse en los asuntos de Europa; por tanto, la catástrofe se producirá.

Emil Ludwig se equivoca: no hay tal guerra inevitable. La prueba es que mientras la Sociedad de Naciones se ha mostrado firme y resuelta no ha habido un conflicto armado.

No sólo no la ha habido, sino que no ha podido haberlo, pues ningún pueblo, por grande y potente que sea, puede enfrentarse con el mundo entero; desde el momento en que se acordase que todas las naciones formarían un frente común contra el agresor, la agresión sería imposible.

Lo que la ha hecho posible es el golpe asestado por Laval al pacto de Ginebra. En el momento decisivo, en que más de cincuenta naciones acababan de decir a Mussolini «¡No matarás!», cuando bastaba un poco de firmeza para excluir la guerra, un político de derechas, llevado al Poder por un motín, tuvo a bien apoyar al dictador italiano en su empresa criminal contra el pueblo de Etiopía. Entonces estalló la guerra. Y el débil fué aplastado. Hecha ya la prueba de que la agresión era posible y de que reportaba beneficios, Italia y Alemania se lanzaron sobre España, y el Japón sobre China.

Pero que no se nos hable, por esto, de guerras inevitables; que no se alegue una misteriosa fatalidad; no son fuerzas oscuras las que han hecho renacer la guerra, sino culpas humanas, y, en primer lugar, la de Laval.

Recuerdo estos hechos sin alegría. Es doloroso pensar que la reaparición en el mundo de esa cosa innoble que se llama guerra sea debida a la iniciativa de un hombre que oficialmente representaba a nuestro país. Si vuelvo sobre este triste pasado, es porque nos indica el camino que ha de seguirse para dar un mentís a las sombrías predicciones de Emil Ludwig.

¿Inevitable la guerra francoalemana? ¡No y no! Es tan «evitable» como lo han sido la guerra contra Etiopía, la guerra contra España, y la guerra contra China. Sólo que si se quiere evitarla

hay que hacer exactamente lo contrario de lo que se ha hecho hasta ahora.

En suma, cada vez que se ha lanzado un agresor, se le ha dicho que cometía una injusticia, se han invocado los principios, y, por último, se le ha dejado hacer. Cuando se han realizado matanzas sin nombre, hemos inclinado la cabeza y declarado que eran de lamentar; y luego, hemos dejado libre el campo a los asesinos.

Es claro que si seguimos por este camino, la guerra general, que ahora no es inevitable, llegará a serlo.

Si mañana se instalan definitivamente en España y en las Baleares los países fascistas, si otro día se instala Alemania en Viena y en Praga, y si durante este tiempo nuestros reaccionarios rompen el pacto francosoviético, entonces Hitler nos atacará porque estará casi seguro de vencernos. Atacados por todas nuestras fronteras, cortadas nuestras comunicaciones con África del Norte, quedaremos reducidos a una defensa más que laboriosa: seremos una presa cierta.

Pero de nosotros depende impedir que esto suceda, y el medio está en nuestras manos. Consiste en hacer exactamente lo contrario de lo que hizo Laval: es decir, levantar y fortalecer la Sociedad de Naciones. Que Inglaterra, Rusia, España, los países de Europa central y los escandinavos declaren firmemente su voluntad de hacer un frente contra la guerra, y, ante este bloque de paz, el fascismo retrocederá, porque no tendrá otro remedio.

Hay dificultades para ello, diréis.

¡Claro! Bien se advierten. La funesta iniciativa de Laval ha creado un estado de cosas que no se podrá modificar sin gran trabajo. Pero ya la firme actitud de Inglaterra y de Francia en la cuestión de la piratería mediterránea, ha cambiado el ambiente. A nosotros toca sacar provecho de ello para hacer cada vez más firme el Frente de la Paz. Sobre todo, no nos dejemos arrastrar por el pesimismo ni por el fatalismo. ¿La guerra inevitable? No. De nosotros depende cerrar el paso. Pero, para evitarla, hay que mirar de frente a la realidad y, según la frase de Daladier, saber decir: ¡No!

(«L'Oeuvre», 29-IX-1937.)

3.500 millonarios en el tercer Reich

1.260 más desde que manda Hitler

¿A quién le va bien en Alemania? A los millonarios. Así lo demuestra la estadística oficial del Reich, la cual registra un aumento de ingresos por el impuesto sobre el capital muy superior al de 1935. Muestra, asimismo, que había en Alemania, en dicho año, 3.500 millonarios, con un capital global de ocho mil ciento cuarenta millones de marcos. Estas cifras se refieren solamente a los particulares, excluyendo el caudal de las sociedades capitalistas. Cuando se produjo este aumento, no llevaba Hitler todavía tres años en el Poder; pero fueron unos años muy nutritivos para los grandes negociantes. En 1931, cuando se hizo la última estadística de esta clase, no había nada más que 2.234 millonarios, con un capital conjunto de cinco mil doscientos veintidós millones de marcos.

Mil doscientos sesenta y seis millonarios más, con un capital de cerca de tres mil millones, no es un mal resultado para los que gozan del Poder, los cuales pueden decir, en efecto, que Alemania es más hermosa ahora. Si los millonarios han aumentado, las pequeñas haciendas han disminuido. La estadística oficial del Reich da otras cifras interesantes. En 1931, aumentó el capital global de los millonarios de 100 a 1578; en cambio, el capital de los pequeños propietarios disminuyó un 100 a 598. Esto demuestra el gran empobrecimiento de la clase media.

Así es de hermosa Alemania para los de arriba, un verdadero paraíso para los millonarios, un paraíso para los antiguos vampiros, a los que Hitler ha desbrozado el camino, para robar al pueblo y enriquecerse más que nunca a costa de sus necesidades. La estadística no llega más que hasta el 1935. Pero de entonces acá, ha aumentado considerablemente la producción de cañones con el consiguiente aumento de los beneficios de los potentados, y han disminuido extraordinariamente los ahorros de la clase media. En 1937, habrá, pues, muchos más millonarios.

Por ellos, ha de desangrarse de nuevo el pueblo en una guerra. Contra ellos y contra el *führer* hay que convocar al Frente Popular, el cual echará del trono a los diez mil privilegiados de arriba y al propio Hitler.

(«Deutsche Volkszeitung», 26-IX-1937.)

ción, la arbitrariedad y la violencia en el mundo entero.

La piratería de la flota de guerra italiana en el Mediterráneo, apoyada directamente por Alemania, formaba parte integrante de los vastos planes de los agresores fascistas. Pero, ahí también, los piratas, han recibido una bofetada en la Conferencia de Nyon, que no han podido torpedear, a pesar de todos sus esfuerzos. No es un hecho casual este de que la crisis de rabia antisoviética de Hitler, al final de la reunión fascista de Nuremberg, haya coincidido con la forma del acuerdo de Nyon, estableciendo medidas colectivas contra los piratas.

El balance de la política interior y exterior del fascismo alemán es lamentable.

¿Cómo no iban a estar rabiosos, cómo no iban a dar paso libre a su cólera, volviendo a su monótona canción —que ya hace tiempo que da náuseas a todo el mundo—, del «peligro bolchevique»?

Hitler perora de una manera espantosamente monótona sobre el «peligro bolchevique». Pero a través de sus charlatanerías, late un temor verdadero. Los asuntos de los dirigentes berlineses van necesariamente muy mal cuando vuelven a repetir su vieja majadería con tanta insistencia. ¿A dónde ha ido a parar aquel brillante ardimiento? ¿Qué ha sido de aquellas afirmaciones jactanciosas de los gobernantes fascistas de que el bolchevismo estaba anulado y extirpado? ¿Cómo se puede clamar contra el peligro bolchevique, si el bolchevismo estaba ya deshecho? ¿Y de dónde viene ese miedo al bolchevismo si, como afirma Hitler, Alemania está inmunizada contra él?

La canción trivial del peligro bolchevique se sustituye con la canción, vieja, del «peligro judío». Se dice que la Alemania fascista está amenazada por los judíos. Pero en setenta millones de alemanes no hay más de 500.000 judíos. ¿Cómo ese puñado de judíos puede constituir un peligro para los setenta millones de alemanes? ¿Es que el dictador fascista está sobrecogido por el pánico y por ello dice tantas tonterías?

Los planes de conquista de la Unión Soviética

El último número de la feria de Nuremberg, el *clou*, el espectáculo de fuerza, fueron los llamados planes de conquista de la Unión Soviética.

Hitler tiene miedo de que España sea conquistada por la Rusia soviética. El dictador está verdaderamente confuso. ¿Para qué necesitará la Unión Soviética territorio extranjero? ¿No tiene ya suficientes riquezas naturales? Los gritos insensatos y embusteros sobre las intenciones de conquista de la Unión Soviética en España tienen por objeto ocultar los planes de conquista de Alemania misma. La intervención italoalemana en España es un hecho incontestable, reconocido por el mundo entero. Tomando una postura melodramática, Hitler declara que «la Alemania fascista ha creado un ejército para aplastar al adversario de una manera fulminante en caso de una tentativa de invasión bolchevique». El dictador fascista no engañará al pueblo alemán con frases tan absurdas. Nadie en el mundo tiene conocimiento de la preparación de una «invasión bolchevique» de territorio alemán. En cambio, se habla sin cesar en el mundo entero, y entre las masas populares alemanas mismas, de la agresión que el fascismo alemán prepara contra otros países, entre ellos la Unión Soviética.

El poseído fascista está fuera de sí. Llega hasta contarnos el cuento de que una «asociación internacional de criminales», que se encuentra en Moscú, tiene la intención de establecer su dominio sobre Alemania. ¿A quién quiere trastornar la cabeza el jefe espantado de los fascistas alemanes? ¿A dónde va a buscar esas enormes sandeces? No obstante, en lo que concierne a «la asociación de criminales», existe en efecto. Únicamente que no es en Moscú donde hay que buscarla, sino en Berlín. El pueblo alemán ya arrojó de Alemania a un grupo de criminales, con Guillermo a la cabeza. Tememos que el pueblo alemán tendrá que arrojar de su territorio al segundo grupo de criminales sobrecogidos hoy de pánico, y no sin razón. ¿No está ahí la causa de las declamaciones de terror del jefe fascista de Alemania?

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

Hitler sufre una nueva crisis de pánico y de histerismo

Un comentario de la «Pravda» al discurso pronunciado por el jefe nazi en Nuremberg

En la clausura de la monótona mojiganga de Nuremberg —dice el periódico— Hitler ha pronunciado un discurso antibolchevique.

Desde hace tiempo, se sabe que cuanto más se agita y muestra su pobreza de espíritu en la tribuna, más difícil es la situación del Gobierno nazi en Alemania.

Al poner en juego toda la fuerza de sus cuerdas vocales, el dictador nazi quisiera ahogar con sus frases huecas los murmullos que se elevan y se hacen cada vez más fuertes en todas las regiones de Alemania.

El discurso antibolchevique de Hitler se distingue por su tono miedoso. Dificultades serias de orden interior y exterior lo han marcado con el sello del pánico. De ahí su histeria.

Los gobernantes fascistas se han visto obligados a reconocer en el acto de Nuremberg ciertos hechos que reflejan la triste realidad. El ministro de Abastecimientos y de Agricultura, Darré, confirma públicamente que la crisis de los productos alimenticios es cada vez más terrible. El problema del paro es extremadamente grave. Las importaciones anuales de trigo han descendido, desde el advenimiento de la dictadura fascista de 4.100.000 a 1.100.000 toneladas. Al mismo tiempo, la superficie sembrada de este cereal ha sido reducida. Los fascistas necesitan su divisa para comprar, no productos alimenticios, sino materias primas, que exige la guerra.

El secretario del Ministerio de

Finanzas, Reinhardt, hace constar que durante este período se han duplicado los impuestos.

Todos los observadores parciales, al referirse a la verdadera situación de Alemania, reconocen unánimemente que *nunca desde la guerra ha padecido el pueblo alemán una miseria y un hambre tan grandes como los de hoy*.

El famoso «plan de cuatro años», anunciado en 1936 por los fascistas, ha tenido un fracaso estruendoso. Al anunciarse ese plan de cuatro años, Goering prometió a los alemanes «una ligera mejoría en la situación», en un plazo de seis meses. Y ha pasado un año sin que ese cambio favorable se haya producido.

El nivel de vida del pueblo ha caído tan bajo, que Hitler se ha visto obligado a decir en Nuremberg que «el hombre no sólo vive de pan». El molino de la histeria fascista da vueltas y tritura.

Siendo incapaces de dar pan a la población alemana, parece que los gobernantes fascistas hayan decidido alimentarla con su charlatanería histórica. Mal *ersatz*. Cañones en lugar de almuerzo, histeria a cambio de desayuno y de la comida.

Tales son los sombríos días de Alemania.

El nazismo esperaba obtener rápidos resultados en su intervención en España

Los agitadores fascistas daban por descontado que iban a obtener

resultados rápidos con su intervención en España.

Esperaban poner en servidumbre al pueblo español y apoderarse de las materias primas y de las riquezas naturales de la Península Ibérica. Pero eso ¡no se ha logrado! Cada semana de guerra refuerza al heroico Ejército Popular de España y desarrolla un orden cada vez más firme en la retaguardia republicana. Los fascistas alemanes alimentaban ciertos planes respecto a China.

Como consecuencia de la alianza militar secreta nipo-alemana, bajo la bandera de «acuerdo anticomunista», Tokio y Berlín trataron de arrastrar a China al frente antisoviético. En la práctica, toda la política japonesa en Extremo Oriente muestra que este camino «anticomunista» llevará al final, a China, a la pérdida de su independencia.

Los agresores de Berlín y Tokio se han engañado cruelmente. En lugar de la servidumbre de la China, que ellos veían ya en sueños, las masas populares de aquella nación se unen más que nunca para defender su patria contra los invasores extranjeros.

La piratería en el Mediterráneo formaba parte de los vastos planes de los agresores

En sus preparativos para la nueva guerra mundial, los provocadores fascistas suscitan la perturba-

Italia y la ambición colonial nazi

El diputado Herbert Morrison, refiriéndose en un discurso a la entrevista Hitler-Mussolini, dijo: «Parece como si el dictador alemán fuera a satisfacer su sed colonial convirtiendo a Italia en una especie de dependencia suya.»

Después de declarar que ambos dictadores habían destruido las libertades de sus pueblos, dijo que habían colaborado con los rebeldes y contribuido a promover la revolución contra el Gobierno legal constitucional de otro país: España.

Las actividades del Comité de No Intervención se convirtieron de manera tan patente en la tapadera de la intervención fascista que cuando los intereses navales francoingleses fueron amenazados por los submarinos piratas, el remedio se buscó fuera del Comité. «Sin embargo —añadió Mr. Morrison—, nuestro Gobierno no ha expresado su profundo sentimiento porque el Gobierno italiano no quisiera cooperar a la detención y destrucción de la piratería submarina, que, en general, se cree que fué fomentada por el propio Gobierno italiano.»

(«The Times», 28-9-1937.)

Alemania está hoy en plena crisis económica...

Desde el punto de vista alimenticio, si no se ha llegado aún a la escasez, se está muy lejos de la abundancia

BERLIN, 7.—Los decretos promulgados por los periódicos oficiales del Reich ponen claramente de manifiesto el estado actual de Alemania. A diario se publican columnas enteras de textos legislativos sobre los motivos más diversos: obligando a los peluqueros a que recojan los cabellos de sus clientes para entregarlos a las fábricas textiles; prohibiendo el empleo del oro a los dentistas; autorizando a los panaderos para que utilicen las cortezas en la fabricación de pan fresco, el cual no se puede dar a la venta hasta el día siguiente para evitar el derroche. Se recogen las latas de conservas y los tubos de pasta dentífrica; el cuero no puede emplearse ya para la fabricación de artículos de viaje y bolsillos de señora. Todo está reglamentado: el empleo del caucho, de los papeles pintados, del mastic... Se fabrica mantequilla con aceite de ballena, jabón, con castañas. Se ha substituido el cobre por el hierro, y éste está prohibido en la construcción de inmuebles. Se acaba de requisar los cereales a los campesinos. Continuamente se toman nuevas medidas, que recuerdan a las implantadas en este país durante la guerra, cuando empezaban a dejarse sentir los efectos del bloqueo interaliado. Evidentemente, no se ha llegado aún al hambre, ni a la escasez. Hay pan, pero es gris, y el pan de centeno que consume habitualmente el alemán es de mala calidad. Es tan falso sostener que hay abundancia de todo como decir que Alemania está a punto de perecer por falta de viveres.

Sin embargo, todo parece indicar que el III Reich está en los comienzos de una crisis llena de amenazas para el porvenir, sobre todo en el exterior.

El descontento es general pero no se exterioriza, pues el alemán, por temor a la Gestapo, no se atreve a decir lo que piensa. Cualquier extranjero puede observar que el aspecto de las calles revela una inmensa tristeza. Es posible que en Nuremberg las milicias hitlerianas, después de varios días de fatigosas marchas, hayan manifestado ruidosamente su alegría en las cervecerías.

Pero sería exagerado deducir que el alemán está alegre como un pajarillo. Por todas partes, se da una cuenta del malestar que pesa sobre el país. Los grandes industriales del Ruhr, que llevaron a Hitler al Poder por su odio hacia la socialdemocracia, no vacilaron en dirigirse, hace algunos meses, al gobierno del Imperio una memoria en la que se maltrataba un tanto al régimen hitleriano y que contenía críticas acerbadas de la política económica de los actuales dirigentes y especialmente del plan de los cuatro años. El conflicto Schacht-Goering muestra el desacuerdo que existe entre los industriales y algunos elementos del

partido, que solo sueñan con aventuras. Los Junkers, que se enriquecieron con la llegada al poder del nacionalsocialismo se dan cuenta de que el apoyo que prestaron a Hitler ha sido un mal negocio. Han sacado algún provecho del nuevo régimen, pero ahora se quejan amargamente.

En los centros industriales, influidos por agentes comunistas, se observa un movimiento de malestar entre la clase obrera, que reclama aumento de salarios. Si a esto añadimos las dificultades de la crisis religiosa, tendremos una idea de las dificultades internas del gobierno hitleriano. El régimen atraviesa una crisis: crisis que aún está en estado embrionario, pero que se advierte en todas partes, en todas las regiones de Alemania, en todas las clases de la sociedad. Los dirigentes del partido se dan perfecta cuenta de ello y los discursos pronunciados en Nuremberg por Hitler y sus colaboradores revelan los temores que sienten. ¿Hay que deducir de esto que el régimen toca a su fin? ¿De ninguna manera! El gobierno nacionalsocialista sigue siendo fuerte, a pesar de todo. Tienen a su disposición excelentes medios de gobierno: la «Gestapo», los campos de concentración y la Reichswehr, que, unida al régimen y acordándose del mes de noviembre de 1918, no tolerará ningún movimiento revolucionario.

Entonces, ¿la guerra? Preguntamos ésta a la que no se puede responder afirmativamente mientras en Alemania se recojan opiniones contradictorias. Es un enigma imposible de descifrar, pues solamente de Hitler depende la paz o la guerra.

Sin embargo, en centros económicos, las personas bien informadas estiman que, por el momento, es imposible una guerra, y exponen los siguientes argumentos:

Alemania se halla, poco más o menos, en la misma situación que en 1916, y no se hace la guerra con tarjetas de manteguilla. Las reservas actuales en capital, en viveres y en materias primas, no le permiten mantener una campaña de larga duración. Es cierto que tiene a su disposición bastante carbón, pero carece de petróleo, de mineral de hierro, de caucho, de productos textiles, de trigo y de productos alimenticios. Está en condiciones de producir gasolina sintética, de sustituir el caucho por el «Buna», de utilizar la «Zellwolle» para el vestido. Pero todos estos productos de sustitución, cuya fabricación inmovilizaría no sólo enormes capitales, sino un material humano importante, no podrían cubrir las necesidades de los tiempos de guerra. Alemania no podrá independizarse del extranjero. Tendría que ocupar rápidamente territorios europeos que pudiesen facilitarle su avituallamiento. Pero es

IDEAS Y DOCTRINAS

¿Es posible una S. de N. universal?

En los discursos pronunciados en la Asamblea se ha planteado varias veces la cuestión de la universalidad de la S. de N. Varios oradores han afirmado que la S. de N. no podría actuar más que siendo universal. Pero se discute menos la cuestión, que, sin embargo, parece preliminar. ¿Es posible hoy una S. de N. universal?

Fácil es descubrir lo que haría falta para que la S. de N. se hiciera universal. Sería preciso que entrasen en ella los Estados Unidos, y que regresaran el Japón, Alemania e Italia; el Japón y Alemania, de una manera oficial, Italia, de una manera efectiva, ya que no está ausente más que de hecho; oficialmente, aún forma parte del organismo ginebrino. Examinemos los cuatro casos, cada uno de los cuales tiene un carácter particular.

La adhesión de los Estados Unidos fortalecería a la S. de N.: ello es indiscutible. Pero para que fuese posible, haría falta que se operase un cambio completo en la opinión americana. Sólo unos acontecimientos muy graves podrían producir este cambio. Al comenzar la guerra en Etiopía, hubo un momento en que pareció que la opinión iba a evolucionar en el sentido deseado por los partidarios de la universalidad; pero el movimiento tuvo corta duración. Por ahora es inútil pensar en la adhesión de los Estados Unidos.

¿El Japón? Con la conquista de Manchuria, el Japón se ha lanzado a una aventura que sólo puede tener dos soluciones: o la conquista de toda China, después de una serie de guerras cada vez mayores, o una catástrofe colosal. Es el imperialismo del miedo. El Japón quiere consolidar la China del Norte para custodiar la ocupación de Manchuria; si lo logra, dentro de cuatro o cinco años seguirá avanzando para asegurar sus conquistas en el Norte. Avanzará hasta que China se haya hecho lo bastante fuerte, sola o con aliados, para hacerle retroceder; hasta el día en que una resistencia externa o una revolución interior, o los dos acontecimientos combinados, le obliguen a detenerse. La historia de las conquistas de Napoleón se repite en Extremo Oriente.

En estas condiciones, la vuelta del Japón a la S. de N., que el Gobierno inglés deseaba ardientemente hace un año, no tendría otro efecto que hacer responsable a la S. de N. por su impotencia para impedirlos, de todas las guerras entre los dos imperios amarillos que van a ensangrentar el Extremo Oriente.

En Asia se ha desencadenado una gran aventura de guerras y revoluciones: Ginebra no podrá contenerla, aunque el Japón vuelva a ella para deliberar y discutir.

Italia no ha salido de la S. de N., se mantiene separada, en espera de que, al menos indirectamente, sea reconocida la conquista de Etiopía. Le importa mucho este reconocimiento indirecto. Por tanto, para hacer olvidar su violación del Pacto, habría debido, desde hace un año, dar muestras de cierta moderación y prudencia. Por el contrario, ha cometido una nueva violación del «covenant» al atacar a la República española. ¿Por qué? Porque Italia, como el Japón, después de la invasión de Etiopía, se ha metido en una aventura que la conducirá a una serie de guerras cada vez más peligrosas, hasta el día en que se estrelle contra una resistencia definitiva.

Las consecuencias de esta extraña situación deberían ser estudiadas por los partidarios de la universalidad. La guerra entre Italia y España, ambas miembros de la S. de N., es un hecho patente. Pero la Asamblea duda en reconocerlo, porque muchos Estados se han vuelto desconfiados después de la experiencia etíope de 1935-36. Pero si bien la Asamblea duda en tomar un camino que la conduciría a una nueva aplicación del famoso artículo 16 del Pacto, parece repugnarle cada vez más dar a Italia una satisfacción cualquiera en la cuestión de Abisinia. Es una especie de contrapeso y de compensación. La liquidación del problema etíope deseada en tantos centros de Inglaterra y de Francia, se hace muy difícil en Gi-

nebra, debido en parte a la guerra de España. Italia y la S. de N. se encuentran, pues, en una situación cada vez más equívoca, falsa y molesta. Todo ello podría terminar en una ruptura ruidosa.

Alemania no está aún comprometida, como Italia y el Japón, en una aventura que la arrastre a una sucesión de guerras cada vez mayores. Por esta razón, su entrada en la S. de N. podría legitimar más esperanzas que la del Japón e Italia. La situación es menos comprometida. ¿Pero será posible intentar la experiencia? ¿Se prestará a ello Alemania? Son preguntas a las que no sé responder.

Una S. de N. universal, parece hoy imposible. La razón es sencilla. Los Estados del mundo se dividen hoy en dos grupos. Hay uno, que yo llamaría **legalitario**, que quiere no sólo respetar, sino desarrollar, precisar, y reforzar las reglas, en parte escritas, en parte aceptadas por la costumbre, que el mundo occidental ha creado desde hace tres siglos, para poner un poco de orden y seguridad en las relaciones internacionales. Hay otro grupo de Estados —yo le denominaría **revolucionario**— que está impelido por sus disturbios internos y por la situación exterior en que se ha colocado, a destruir todas estas reglas, para desencadenar la fuerza bruta en el mundo.

Confieso que no veo cómo podría hacerse el milagro de que estos dos grupos de Estados vivieran apaciblemente unos junto a otros, en la Sociedad de Naciones; cuyo fin es precisamente asegurar el respeto y el desarrollo de las normas capaces de asegurar el orden internacional. Creo que el destino de la S. de N. es convertirse, confesándolo o no, en una alianza de Estados **legalitarios** frente a los Estados revolucionarios o en contra de éstos. No se trata de una lucha ideológica: sino de una necesidad primordial de conservación y de defensa de la civilización. Sólo falta saber cuál podrá ser la fuerza de esta alianza.

Un joven filósofo italiano, Campagnolo, ha demostrado en un interesante artículo publicado en la «Revista de la Teoría del Derecho», que, en la situación actual de las relaciones internacionales, la S. de N. ha sido, es y no puede ser más que una vasta alianza de Estados para asegurarse mutuamente contra una agresión. Ha señalado al mismo tiempo, el peligro que tal alianza ofrece; y es que el gran número de aliados y el carácter exclusivamente genérico de la finalidad hacen que pierda efectividad en el momento decisivo. La cuestión etíope ha proporcionado una prueba impresionante de la verdad de esta observación.

Desde este punto de vista, podría ser ventajosa una reducción ulterior del número de Estados miembros de la S. de N. si la consciencia del fin común de la alianza adquiriese más fuerza. Pero la necesidad esencial de esta vasta alianza será siempre la de que posea una fuerza suficiente y con la fuerza, la voluntad de utilizarla, al menos en algunos casos extremos.

Cuando dos Estados se encuentran en guerra, es preciso o que luchen o que uno de ellos se someta. No hay término medio; no existe ningún sucedáneo de la fuerza. Después de la creación de la S. de N. se apoderó de muchos espíritus una ilusión demasiado prematura: la S. de N. suprimió la guerra, substituyendo el empleo de la fuerza por sus decisiones soberanas. Para llegar a la supresión definitiva de la guerra, era preciso armar a los Estados: aún estamos lejos de tal perspectiva. Mientras haya Estados armados, habrá posibilidades de guerra.

Las alianzas bien combinadas pueden asegurar largos períodos de paz; pero la más prudente de ellas implica siempre una posibilidad de guerra. Una alianza que excluyese la guerra a priori perdería toda su efectividad desde el principio. Y como la S. de N. es en el fondo una forma superior de alianza, no puede escapar a la regla.

GUIGLIEMO FERRERO.

(«La Dépêche», 26-9-1937.)

probable que esta operación no fuese tan fácil como creen algunos exaltados del partido y que los países objeto de su apetencia sabrían defenderse.

Hay, es cierto, en estas declaraciones, una parte de verdad. Es

verdad que Alemania entraría en campaña con gran ventaja. Pero, ¿no sueñan algunos de sus dirigentes con hacer una guerra por sorpresa, con lanzarse a una agresión brutal? Ahí está el peligro. Todos los alemanes no hablan el lengua-

je de la razón. Las entrevistas Hitler-Mussolini tal vez nos permitan ver claro. Dentro de poco nos enteraremos de los resultados de la partida de poker que se va a jugar en Berlín.

(«L'Ordre», 28-9-1937.)